

CAMPAÑAS ANTIBOLIVARIANAS DE SANTANDER EN EUROPA

Por PAUL VERNA

1. *Santander proscrito en Europa*

El 15 de octubre de 1829 llegó a Hamburgo, a bordo del bergantín mercante “María”, procedente de Puerto Cabello, el general Francisco de Paula Santander, ex Vicepresidente y encargado, varios años, de la Presidencia de Colombia formada entonces por la reunión de Venezuela, Nueva Granada, Panamá y Ecuador. Condenado primero a muerte, por sus vinculaciones con la conjura y atentado del 25 de septiembre de 1828 contra el Libertador, indultado luego por éste, Santander pasó sin embargo siete meses encerrado en la fortaleza de Bocachica de Cartagena antes de que pudiera embarcarse para Puerto Cabello y luego para Europa.

En Hamburgo empezaba su vida de proscrito, su periplo europeo durante el cual tuvo como principal tarea la de presentarse como víctima del Libertador, como defensor de la Constitución, de las leyes, de las libertades colombianas y criticar a Bolívar, presentándolo como enemigo de las mismas y dictador de Colombia.

A Santander no le faltan amigos en Europa. Los sabrá utilizar a discreción e inteligencia para infiltrarse más y más en los círculos sociales y políticos europeos con el fin de lograr el propósito que le anima: demostrar que él ha sido víctima de las arbitrariedades de Bolívar, por defender los derechos constitucionales violados, según él, por éste.

2. *Revelaciones desde Hamburgo*

En Hamburgo el ex vicepresidente ha sido muy bien recibido por ricos negociantes, que le han ofrecido cartas de introducción para amigos de Francfort, Bruselas, París, Londres, etc. y uno de ellos, el señor Baur, le ofreció una cena con trece especies de vino. Tan contento se encuentra Santander en Hamburgo que confiesa a su amigo Arrubla —12 de noviembre de 1829— que esta ciudad tiene para él “una violenta fuerza de atracción”. “Si todos los europeos son tan amables y atentos en su país, como los hamburgueses, es una delicia visitar Europa”, concluye Santander.

Independientemente de los encantos propios que podía tener Hamburgo, así como de la educación y amabilidad de sus habitantes, aquí es preciso recordar que era en esa ciudad donde los negociadores del famoso empréstito de 1823, por valor de treinta millones de pesos, con la Casa Goldsmicht de Londres, los señores Manuel Antonio Arrubla y Francisco Montoya, amigos íntimos de Santander, habían firmado otro contrato complementario del anterior nombrando a esa misma Casa “agente del Gobierno de la República de Colombia para la transacción de todos los negocios de dicha República en Inglaterra”. Cuantiosas comisiones y utilidades habían recibido en esa ciudad tanto los Enviados colombianos como los comerciantes extranjeros vinculados directa o indirectamente con el desastroso empréstito. Hamburgo era pues el campo propicio donde Santander hubo de empezar, con prudencia y moderación, su trabajo de zapa contra el Libertador.

Pero para hacerlo tiene que justificarse, como proscrito “por haber siempre defendido las leyes y los derechos del pueblo”. El primer intento de esa justificación, de mostrarse “víctima” de miles de persecuciones, lo encontramos en la primera carta escrita en Hamburgo, que de él conocemos, el 10 de noviembre de 1829, al Presidente de la República Mexicana, en la cual ofrece sus servicios a dicha república como “soldado amante de las leyes y de la libertad, fiel a su Constitución” para luchar contra las tropas españolas que invadieron a México por Tampico. Refiriéndose en ella a la conjuración acaecida en Bogotá el 25 de septiembre de 1828, dice al Presidente mexicano “sin haber sido conspirador, se declaró que lo era en virtud de un sumario, dictándose sentencia sin permitirme defenderme... negándoseme el derecho de apelación o de queja contra tan inicua sentencia”, concluyendo que “los anales de la arbitrariedad no presentan un procedimiento más violento e injusto, aunque reconoce que “habría perdido la vida por este asesinato judicial si el General Bolívar, presidente de la República, por consideración que no me toca examinar, no hubiera modificado el rigor y unidad de la sentencia”.

Pero ya dos días después, devorado por el resentimiento y por su ardiente deseo de probar su amor republicano a Colombia, deja ver el fondo de su corazón cuando confiesa a Juan Manuel Arrubla que ha ofrecido sus servicios a México “pero esto no quiere decir que yo renuncie a ser colombiano, no, mi amigo; yo amo a Colombia cordialmente y diez y ocho años de servicios no se pueden renunciar por una o más injusticias que he recibido, no del pueblo colombiano, *sino de un partido inoble y vengativo*”. Puesto ya en esa vía, continuará sus comentarios ácidos presentándolos como opinión ajena, pero que revelan los sentimientos que embargaban su propio corazón: “En Europa, cree *todo el mundo* que allá (en Colombia) nada se hace libremente sino que todo es dirigido y ordenado por el Libertador según sus designios, sus miras y proyectos. Felizmente ya no tengo necesidad de publicar ningún género de manifiesto para justificarme, porque afortunadamente todos los hombres de peso creen que se me ha perseguido en venganza de haber hecho frente al general Bolívar en la abolición de la Constitución”.

Al decir de Santander, su comportamiento moderado habrá logrado poner a todos esos “hombres de peso” de su lado sin tener que recurrir a expresiones

ofensivas contra el Libertador: “Mi moderación —sigue en la misma carta— ha contribuido mucho a que se forme de mí un buen concepto. *Todavía* no me he permitido la menor expresión ofensiva al general Bolívar, no obstante que no hay tertulia donde no se me toque la tecla”. Obsérvese bien esta voz “*todavía*” que ya deja al descubierto las intenciones del prócer neogranadino, intenciones que sabe esconder sin embargo haciendo ver el pesar que le causa el “mal renombre” que tiene en Hamburgo el Libertador y de lo cual, él, Santander, quiere demostrar que no es responsable: “¡Cuanto me duele oír hablar contra la gloria de Bolívar! ¡Siempre oigo llamarlo el dictador de Colombia, el enemigo de la libertad!”

No se necesita ser sicólogo para interpretar en su justo valor el grado de sinceridad que pudiera tener esa especie de desahogo que sale de los arcanos más profundos del alma del proscrito. Revelaciones posteriores del propio Santander demostrarán cuan falso era en aquel momento ese sentimiento de pesar para con Bolívar que confesaba en su carta a su amigo Arrubla. La verdad es que durante los dos años de su residencia en Europa, sea en Hamburgo, Bruselas, París, Roma o Londres, Santander no desperdiciará oportunidad alguna de presentarse como la víctima de las “ideas liberticidas” y aun del “despotismo de Bolívar”, de ese mismo hombre a quien sin embargo debía la vida.

Desde su llegada a Hamburgo, Santander no dejará de anotar en su *Diario* todas las conversaciones, chismes y relatos contrarios a Bolívar. Veamos algunos ejemplos:

23 de octubre de 1829: “El pintor del señor Roding se admiró grandemente de verme tan jóven y cuando a la pregunta que me hizo sobre si me ponía de uniforme militar, le respondí que no, me alargó la mano y me dijo *Liberté! Liberté!* este mismo me dijo en alemán que “algún día Bolívar pagaría en Santa Helena su conducta actual”. Ciertamente que yo no le deseo semejante suerte”.

7 de noviembre: “Hoy hace un año que Urdaneta dictó mi sentencia de muerte violando todos los derechos y todas las leyes de la justicia”.

“Leí en el *Constitucional* de París del 22 de octubre, la noticia de mi embarque en Puerto Cabello: el periódico me llama Vicepresidente de Colombia y al general Bolívar lo llaman dictador”.

5 de diciembre de 1829: “El señor Baur brindó por la libertad de Colombia”
(Nos preguntamos: ¿Estaba encadenada Colombia?)

3. Santander y San Martín en Bruselas

Siguiendo a Santander en su largo recorrido por Europa, lo encontramos a principios de enero de 1829 en Bruselas, después de visitar Altona, Hannover, el ducado de Hessem, Francfort y Darmstadt. En Bruselas, vive entonces el general José de San Martín a quien visita varias veces. Puesto que se ha escrito —erróneamente— que el héroe argentino siempre guardó cierto rencor contra Bolívar, desde la época de la Entrevista de Guayaquil, es preciso deducir aquí que ninguna crítica

ha debido hacer el prócer argentino contra el Libertador, en sus conversaciones con Santander. Este no dejaba de comunicar a sus corresponsales y amigos de Colombia las menores opiniones o críticas que circulaban, o que decía él, circulaban contra Bolívar. Importancia capital hubiera tenido para Santander cualquier censura, juicio, reproche o palabra ofensiva salida de los labios del vencedor de Maipú y Chacabuco y ¡con que prisa no las hubiera transmitido a sus amigos de América! Pero San Martín era, y seguía siéndolo, grande admirador de la gloria de Bolívar.

Haciendo el recuento de sus relaciones y amistades en Europa, sólo pudo anotar Santander en su larguísima carta a Francisco Soto, del 18 de junio de 1830, las escasas palabras siguientes: "He tratado al general San Martín. Me parece un buen soldado, muy vivo y sagaz, pero amigo de monarquías". Allí quedaba todo lo que pudo sacar del digno San Martín. Es difícil suponer que el nombre de Bolívar no hubiera sido mencionado en la conversación de los dos ilustres interlocutores que fueron en una época copartícipes de las glorias del Libertador. Pero es lógico deducir que nada ofensivo contra el Libertador salió de los labios del prócer argentino pues Santander lo hubiera relatado a su amigo Soto porque en la misma carta —dos líneas más adelante— dice: "He tratado por fin a Vidaurre, es hombre vivísimo y *enemigo acérrimo de Bolívar*. El se ha ido ya para el Perú".

4. *Santander y los liberales franceses*

a) *Santander en París*

El 13 de febrero de 1830, procedente de Bélgica, llegó Santander a Valenciennes, primera ciudad francesa por la que debía pasar. Enterado de la llegada del ex-Vicepresidente de Colombia, el alcalde de la ciudad, quien por cierto había sido avisado de antemano de la próxima llegada del prócer colombiano, lo mandó a buscar para informarle que el gobierno le concedía asilo en Francia pero con la condición de que no tuviese actividades políticas y "rechazara toda demostración pública como triunfo, ovaciones, etc.". Contando ese incidente a su amigo Juan Manuel Arrubla, en carta del 24 de febrero, Santander subraya: "¡Qué temores tan ridículos ha inspirado mi presencia como un hombre víctima de su amor a la libertad y de su odio a la dictadura!" Pero teniendo en cuenta ese aviso de las autoridades francesas, guarda aparentemente una "circunspección muy meditada" en sus declaraciones políticas sobre Bolívar y Colombia para evitar cualquier disgusto.

Santander llegó a París el 17 de febrero de 1830. El primer acto público en el que tomó parte fue el sepelio de José María Salazar, Ministro de Colombia en Francia, fallecido el 21 del mismo mes y enterrado el 23 siguiente. Allí conoció Santander al general La Fayette: "La primera vez que he visto al venerable La Fayette quedé helado de admiración y respeto: este señor me ha hecho una acogida tan benévola y tan distinguida que estoy confuso", escribe Santander el 24 de febrero. El 9 de marzo está invitado a la *soirée* que ofrece La Fayette y fue aquel día cuando Santander fue presentado al famoso escritor Benjamín Costant, diputado

liberal del Bajo Rhin, quien desde hace meses atacaba al Libertador por haber asumido la dictadura en Colombia y mantenía sobre ese tema una resonante polémica en el periódico *Courrier Français* con el abate de Pradt.

b) *Santander y Benjamín Constant*

Es preciso aclarar aquí que nada tuvo que ver el general Santander con aquella sonada polémica que estalló, en torno al nombre del Libertador, en el número del 31 de diciembre de 1829 del citado periódico. Santander aún no había llegado a Francia y desde hacía más de dos años, se criticaba en los círculos liberales franceses, al Libertador por su Constitución boliviana que establecía la presidencia vitalicia. Además corresponsales ocasionales de la prensa europea residentes en América y amigos de la burguesía mercantil de Lima y Bogotá, denunciaban ciertos actos del Libertador como arbitrarios cuando no lo calumniaban abiertamente de querer hacerse coronar emperador o rey.

El propio Benjamín Constant había recibido, poco después del atentado del 25 de septiembre de 1828 contra el Libertador, las noticias más espantosas sobre la reacción bolivariana, noticias que le fueron comunicadas por uno de los más rabiosos conspiradores comprometidos en dicho atentado, el francés Arganil. Este fue quien escribió a Constant suministrándole datos falsos y versiones mentirosas contra el gobierno de Bolívar. Enemistado en 1840 con Santander, Arganil, recordando a éste los servicios que le había prestado en la época de la conspiración de septiembre, le dice en su carta del 26 de marzo de 1840 que “había escrito, encadenado, esas memorias contra la tiranía de Bolívar y que lo hizo atacar por la pluma del célebre publicista Benjamín Constant”.

Conocidas son las líneas de Bolívar a Sir Robert Wilson, del 27 de julio de 1829, es decir cuando Santander aún se encontraba en Colombia: “Toda la América resuena en declaraciones contra mí quedándome la única esperanza de que la Europa me hiciera justicia; pero ahora me ha burlado ésta con el desengaño que acaba de darme el señor Constant”. Y al general Urdaneta confiesa el Libertador, el 30 de julio de 1829: “El mismo Benjamín Constant ha escrito bajo su firma que soy un usurpador y que mantengo mi autoridad a fuerza de ejecuciones y asesinatos”. Pero los ataques y críticas contra Bolívar en París habían aparecido aún antes de la publicación de los artículos de Benjamín Constant y de la llegada de Santander a Europa.

c) *El testimonio de Joaquín Acosta*

Encontramos una prueba fehaciente de esa situación en una importante y sincera carta del joven Joaquín Acosta, estudiante neogranadino en París, dirigida a Santander el 24 de febrero de 1827, es decir cuando éste aún ocupaba la vicepresidencia de la República en Bogotá. Dice textualmente: “El señor Madrid (se trata de Fernández Madrid, agente diplomático entonces de Colombia en París)

habrá ya sin duda dicho a usted qué dura lucha tenemos que sostener aquí los colombianos para defender al general Bolívar de los ataques de todos los partidos; en los salones, por ejemplo, en donde antes se proclamaba su magnánimo desinterés (iba a decir "heroísmo", pero me acordé que esta palabra está proscrita del lenguaje de la Francia industrial y positiva), lo acusan hoy más acerbamente; si los diarios liberales no se han pronunciado todavía abiertamente, ha sido por un resto de respeto por un nombre tan glorioso y por no privar sus doctrinas en las circunstancias de una autoridad tan conocida y de tanto peso. He oído, es verdad, a los señores Destut de Tracy, Grégoire y otros defenderlo con nosotros pero de una manera tan débil, tan embarazada, que se veía bien que no decían lo que pensaban. Mr. Humboldt mismo, que en público afecta reírse de los temores que se esparcen sobre las miras del Libertador, me ha dicho en particular que la Constitución de Bolívar es una locura que no sabe cómo explicar. Un solo hombre, es cierto pero el más estimable y más venerado de esta época, el señor La Fayette, se atreve a defenderlo francamente; yo he quedado penetrado de un sentimiento de gratitud y de satisfacción cuando lo he visto expresarse con mucho calor sobre esta materia acabando por asegurar el tono de la más sincera convicción que las intenciones de Bolívar eran tan puras como las de Washington".

Este testimonio de primera mano y la buena fe del autor que no puede ser puesta en tela de juicio aun cuando Acosta fuera íntimo de Santander, indican claramente que desde fines de 1826 y principios de 1827, difícilmente se podía hacer en Europa una idea justa de lo que sucedía en Colombia con tantas calumnias divulgadas intencionalmente por los enemigos del Libertador, en particular desde la disolución de la Convención de Ocaña, a principios de 1828, y a raíz de las rigurosas medidas adoptadas con motivo de la conjuración contra Bolívar el 25 de septiembre del mismo año.

Notemos de paso, en el testimonio de Joaquín Acosta, la noble actitud de La Fayette tan distinta de la del barón de Humboldt. Aun cuando no se puede acordar mucho crédito a las opiniones un tanto frívolas y mundanas de Fanny du Villars, ésta apuntaba en una de sus cartas a Bolívar, en abril de 1826, que el barón de Humboldt tenía a veces algunas dudas acerca de las ideas políticas de Bolívar. Decía Fanny: "El señor barón de Humboldt está aquí. No sé cómo hará el señor Barón para llamarse amigo de usted; en aquella época en que el éxito de la empresa de Ud. era dudoso, él y el señor Delpech eran los más celosos detractores de Ud."

d) *Santander, La Fayette y Bolívar*

Desde la época de su última y triunfal visita a los Estados Unidos en 1825, La Fayette demostró durante su estancia en el Norte, profunda y sincera admiración para con Bolívar. Lo consideraba como el Washington del Sur; hizo varios brindis a su salud con motivo de una cena oficial, en presencia de las más altas autoridades norteamericanas y fue encargado por la familia de Washington de enviarle a Bolívar un retrato en miniatura del héroe del Norte. Santander, por cierto,

estaba muy bien enterado, y esto desde Bogotá, de las buenas relaciones de amistad que existían entre La Fayette y Bolívar y de la correspondencia sostenida entre ambos. Por lo tanto, supo manejarse con prudencia y habilidad para conquistar también la amistad del gran general y político francés. Vimos que tuvo la suerte de conocerlo apenas seis días después de su llegada a París y que fue luego uno de los invitados asiduos a la mesa de La Fayette. En efecto, Santander, a pesar de su escasez de dinero —en todas sus cartas a sus amigos se quejaba de no poder seguir llevando las actividades mundanas que tenía en París por su falta de recursos económicos— llevaba sin embargo, como lo demuestra su *Diario*, una vida social intensa, la que aprovechó para ganarse la amistad y simpatía de los liberales franceses y, al mismo tiempo, para contar su versión de los sucesos políticos ocurridos en Colombia.

Vimos que fue en la casa de La Fayette donde Santander conoció al famoso Benjamín Constant. En las notas de su *Diario* correspondientes al martes 9 de marzo de 1830, Santander apuntó: “Por la noche fui con J. Acosta a la *soirée* del general La Fayette que es muy concurrida de damas y señores. El general me presentó a Madame La Fayette e hija, al señor Constant (con quien hablé un poco sobre Colombia)” y más adelante: “Constant tiene una conversación muy chistosa y satírica”. Está fuera de duda que el prócer neogranadino no hubiera desperdiciado la ocasión para felicitar a Benjamín Constant por sus artículos en el *Courriere Français* donde trataba al Libertador de usurpador. Ya Santander estaba al tanto de la polémica entre Constant y el abate De Pradt, pues en su *Diario* anota, el 2 de marzo de 1830: “El general Pedraza me ha traído las cartas de B. Constant contra la conducta de Bolívar”.

A pesar de la amistad existente entre La Fayette y Benjamín Constant, es seguro que el primero no compartía las ideas emitidas por el escritor contra Bolívar. Veterano político y hombre de estado, sabía cuantos escollos se habían levantado en la carrera del Libertador y le impedían seguir las formas constitucionales proclamadas antes por él. La afectuosa admiración que testimoniaba siempre a la persona y obra de Bolívar no fue menguada por los escritos de Constant ni por las insinuaciones de Santander. “No, mi querido general —escribe La Fayette a Bolívar el 1º de junio de 1830—, yo no consentiré en aminorar el gran nombre de Bolívar y en descender yo mismo hasta el punto de imputar a Vuestra Excelencia los inconvenientes y los deseos de una ambición vulgar”. Sabía que si Bolívar se había alejado de los métodos constitucionales afines a los principios estrictamente democráticos y liberales tales como aquellos vigentes en Estados Unidos y parte de Europa, y había reforzado la autoridad del poder ejecutivo —lo que pudo haber provocado el temor justificado del líder francés— es porque se había visto forzado por las circunstancias políticas que conducían a Colombia a la anarquía, a la destrucción de las mismas bases sin las cuales no se pueden edificar ni el Estado ni gobierno alguno. Por lo tanto cuando llegó a París la noticia del Mensaje de Bolívar al Congreso reiterando su renuncia como Presidente, La Fayette —dice Parra-Pérez— se siente tanto más feliz de haber defendido a su gran amigo de falsas imputaciones, cuanto él mismo ha sido, dice, víctima de calumnias del mismo género”.

e) *Tentativas de reconciliación entre Bolívar y Santander*

Pero La Fayette hizo más. Confiado en las bondades y virtudes del Libertador, quiso que éste se reconciliara con Santander. Intervino personalmente en el asunto, visitando a Leandro Palacios, agente del gobierno colombiano en París. La Fayette y Palacios mantenían muy buenas relaciones. Cuando Benjamín Constant publicó sus acusaciones contra Bolívar, La Fayette no se solidarizó con el diputado liberal y manifestó a Palacios “lo bastante sentido que estaba por los comunicados mencionados” y así se lo hizo saber Palacios al Libertador en carta del 28 de enero de 1829 agregando: “El general La Fayette ha agradecido los recuerdos de Ud. y me ha encargado salude a Ud. en su nombre, añadiéndome que la distinguida reputación de Ud. es para él siempre la misma”.

Durante una de sus visitas a Palacios, La Fayette tocó el punto de la reconciliación entre Bolívar y Santander pidiendo al agente colombiano que hiciera una carta de recomendación a Santander, favorable a la reconciliación. En su comunicación del 14 de mayo de 1830 al Libertador, Leandro Palacios le informó acerca del asunto: “El general La Fayette tiene el proyecto de solicitar de Ud. que vuelva a su gracia el general Santander y quiere que yo coopere, bajo el concepto de que parece que él (Santander) le ha dicho que la desea sinceramente y que podrá ayudar a Ud. con sus servicios en las circunstancias actuales. Mi embarazo en tan delicada materia lo calculará Ud., pues aunque el interesado, desde su llegada a Europa, se ha mostrado con moderación respecto a Ud., yo no puedo juzgar de su interior ni de sus intenciones futuras; pero tampoco me permiten mi situación pública y las relaciones que me ligan a Ud., excusarme a dar una carta de recomendación como la que me ha pedido el mismo general La Fayette y que será dirigida a Ud. junto con la suya. Anticipo a Ud. este aviso para su gobierno”.

¿Era sincero Santander cuando hizo saber a La Fayette que aceptaría reconciliarse —bajo ciertas condiciones— con el Libertador? ¿No se trataría más bien de una estratagema o falacia del ex-vicepresidente para congraciarse la amistad de La Fayette y continuar socavando, bajo la protección de los liberales franceses, el prestigio de Bolívar en Francia? El largo epistolario europeo de Santander que estudiaremos más adelante contestará a esas dos preguntas. Veamos primero los pasos relativos a la supuesta reconciliación tal como los anotó Santander en su *Diario*.

15 de abril de 1830: “El *Courrier Français* dice que el general La Fayette se ha encargado de verificar una reconciliación entre Bolívar y yo y añade que sería un suceso muy importante”.

27 de abril: “El general La Fayette me ha emplazado para conversar sobre los medios de obtener una reconciliación con Bolívar; el martes próximo debemos hablar para fijar el día de la conferencia”.

1º de mayo: “Estuve con Santamaría hablando sobre el proyecto del general La Fayette: está de acuerdo conmigo en ideas”.

6 de mayo: “Estuve donde el general La Fayette invitado por él a tratar de la reconciliación con Bolívar. Yo le expliqué el origen y progresos de nuestra enemistad, las persecuciones que he sufrido, los ultrajes y mi

injusta condenación; le dije que Bolívar era *vengativo y orgulloso* y que yo debía en mi desgracia actual no abatirme ni humillarme; que bajo estos principios dispusiera de mí como le pareciera conveniente y oportuno. Nada se resolvió porque me dijo que lo hablaría con Palacios”.

7 de mayo: “Palacios y Santamaría han estado a hablarme sobre la proyectada reconciliación con Bolívar; yo les he dicho decididamente que la reconciliación estaba hecha por mi parte bajo las siguientes condiciones: 1º) Que el régimen político de Colombia fuese republicano y un poco federal; 2º) Que el general Bolívar, de buena fe, se adhiera a él y gobierne sin acepción de partidos y conforme a las leyes; 3º) Que se me satisfaga de los ultrajes y persecuciones que he sufrido. De otro modo no puedo prestarme a nada porque todo lo contrario sería humillación y bajeza, indignas de mí y perjudiciales al bienestar de mi patria”.

11 de mayo: “Nos fuimos a la última *soirée* del general La Fayette donde nos esperaba Palacios. Quedamos él y Santamaría y yo de acuerdo con el dicho general de ir a su casa el jueves inmediato al mediodía”.

13 de mayo: “Estuvimos donde el general La Fayette, Palacios, Santamaría y yo, después de una larga conferencia quedó convenido que el dicho general escribiría a Bolívar una carta invitándolo a la reconciliación conmigo, pero sin ofender en ella, en lo más mínimo, mi honor y delicadeza, que ahora más que nunca deben salvarse”.

Y La Fayette, tal como lo había prometido a sus amigos Santander, Palacios y Santamaría, escribió el 1º de junio de 1830 al Libertador una larga carta cuya segunda parte estaba exclusivamente dedicada al tema que la había motivado: la reconciliación de Bolívar con Santander. Para lograr ese objetivo era normal que La Fayette se presentara a Santander bajo las mejores facetas. Dice que “la manera de expresarse Santander respecto a V. E. . . . ha sido de admiración, de reconocimiento y de deferencia”. Por cierto que exageraba mucho La Fayette pero el noble fin que perseguía valía bien la pena. Esa carta nos indica también que el autor de la idea de la reconciliación había sido J. M. Salazar, entonces ministro de Colombia en París, poco antes de su muerte, y que La Fayette consideraba ese legado de Salazar como una especie de testamento. He aquí la parte de la carta de La Fayette que nos interesa:

...“Y sin embargo, hay un suceso particular, más delicado tal vez, que me ha sido legado como una especie de testamento por nuestro amigo el señor Salazar, cuya pérdida siento profundamente, lamentando más, si fuese posible, la suerte de la desgraciada viuda, si yo no supiera que esta interesante mujer y sus hijos quedan bajo la paternal protección de V. E.

“Algunos días antes de su muerte, el buen Salazar, que amaba ante todo a su patria y a V. E. se acercó a decirme que una reconciliación entre el Libertador y el General Santander le parecía grandemente útil al restablecimiento de la paz interior y a la consolidación de los gloriosos y patrióticos votos de V. E. por la libertad de su país. Y añadió que siendo yo honrado por la estima y benevolencia de V.E., y no pudiendo ser sospechado de ninguna prevención o intriga local, era a mí a quien convenía someter esta idea a V. E. Tal paso de su parte, y sobre todo la elección inesperada que hacía en mí, importaba una explicación; pero murió antes que tuviésemos ocasión de hablar de nuevo.

“Muchas veces antes había yo visto al General Santander, y desde entonces, superfluo es decirlo, no lo creí culpable de la acusación que se relaciona con la persona de V. E. Esta era también la opinión de los amigos y compatriotas de V. E. en Europa, y sabíamos por ellos, que sobre este punto, V. E. haría justicia a su antiguo amigo.

“Mas creo debe observar que su manera de expresarse respecto a V. E. no sólo conmigo cuyos sentimientos para con V. E. conoce, sino por todas partes donde se ha encontrado, aun cuando se le dirigiesen preguntas que se prestaban a la malevolencia, ha sido de admiración, de reconocimiento y de deferencia, por los inmensos y prodigiosos servicios de V. E. a la causa de la libertad e independencia de América, y en particular a la República colombiana; y que si se ha visto en sus discursos alguna diferencia de opiniones políticas, se ha anotado generalmente, por lo menos en cuanto he sabido su circunspección al hablar de sus últimas relaciones con V. E. y el acento de antigua adhesión con que pronunciaba el nombre del General Libertador.

“Después de la muerte de Salazar he tratado de conocer su positiva manera de pensar acerca de algunos puntos importantes; y me ha atestiguado un gran horror por la guerra civil y un ardiente deseo de hacerla cesar, si pudiera. Ante todas cosas quiere la libertad republicana; pero entre las combinaciones de este gobierno, aun aquella que él no aprobase, la prefiere a las desgracias de la guerra civil, estando la libertad y la igualdad garantizadas.

“Sus votos serían porque el territorio colombiano fuese dividido en tres Estados federativos, a semejanza de los Estados Unidos del Norte con un lazo y Presidente federal, tales como el Congreso de la Unión y la Presidencia de Washington; y me parece tan opuesto como V. E. a la completa separación de alguna parte de la Unión colombiana.

“En cuanto a los pasos que deba dar por su parte, encuentro en él la altivez que conviene a un proscrito y aquellas consideraciones por amigos ausentes, de que no se le puede hacer un cargo, atendida su situación; pero tengo motivos para pensar que él ha rechazado toda participación en las revueltas que han acaecido después de su partida”.

Esta carta de La Fayette no tuvo contestación. Cuando llegó a Bogotá ya el Libertador se había marchado a Cartagena donde pensaba embarcarse para Europa, lo que no pudo realizar pues poco después moría en San Pedro Alejandrino.

5. *El epistolario europeo de Santander y su “Diario” revelan su resentimiento hacia Bolívar y su deseo de desprestigiar a éste en Francia*

a) *Una representación de Santander al Libertador*

En sus *Trazos de Historia Venezolana*, Parra-Pérez indica que lo que vino a complicar y enredar las nociones que podían tenerse en Europa sobre la situación política de Colombia y las intenciones del Libertador “era precisamente que el general Santander, antiguo vicepresidente de la República, había sido condenado como inspirador o cómplice del atentado de setiembre. Amnistiado por Bolívar y desterrado, Santander se presentaba como jefe de los liberales y defensor de los principios constitucionales. Se fue a Europa, para llevar a cabo una campaña encarnizada contra el dictador, y removía el cielo y la tierra para obtener que la

opinión pública le condenase definitivamente como enemigo de las libertades colombianas y como decidido a aplastar también las de todos los pueblos hispano-americanos”.

Sin querer rectificar o aclarar el pensamiento del excelso historiador Parra-Pérez, agregaremos que más que *encarnizada*, esa nefasta campaña de Santander fue inteligentemente llevada, con circunspección aparente, tacto y disciplina en la manera de golpear, insinuando más que criticando, para lograr el fin que su implacable resentimiento perseguía: demostrar que Bolívar era el verdadero “usurpador”, tal como lo decía Benjamín Constant, el conculcador de todas las libertades, el tirano al fin, y él, la pobre víctima perseguida por éste por el solo hecho de haber sido siempre el defensor de las leyes y de las instituciones liberales. Trataba de echar ante los europeos un inmenso velo sobre la noche septembrina, y las causas que motivaron su condenación a muerte y su posterior salida de Colombia. Pero insistía a la vez, y contradictoriamente, en justificarse como inocente y víctima de una sentencia execrable y de la venganza de Bolívar.

Encontramos esa última tendencia en la gestión que hizo ante Leandro Palacios para que éste transmitiera al Libertador una carta en la cual Santander solicitaba que el proceso que se le formó a consecuencia del parricidio frustrado del 25 de septiembre de 1828, fuese publicado a su costa así como la representación que había dirigido al Libertador desde las fortalezas de Bocachica, el 18 de diciembre de 1828. Esa representación se resumía a decir que la sentencia pronunciada contra él era “notoriamente injusta” y que, como el Libertador en su mensaje al Congreso, en 20 de enero de 1830, aseguraba que *muchos de los parricidas, o quizá los más criminales habían sido perdonados*, él, Santander, quería reivindicar su honor, pues una expresión tan general dejaba creer que estaba comprendido entre esos parricidas.

He aquí el interesante texto de Leandro Palacios transmitiendo al Libertador la carta de 3 de abril de 1830 de Santander.

“Adjunta hallará U. una representación, respirando resentimiento y venganza, que me ha dirigido el señor Santander para su curso, y la que me ha parecido más conveniente que U. la vea antes que pase al Ministerio, por donde debe elevarse al conocimiento de U. Las relaciones de este señor desde su llegada a París han sido con los liberales exaltados que son aquí todos tan perjudiciales y tan faltos de virtudes, como los que entre nosotros llevan el mismo nombre; y aunque su conducta *hasta ahora* aparenta ser moderada, me han dicho que trata de hacer algunas publicaciones por la prensa; pero si así se verificare, ya están prevenidos los amigos de U. para contestarle. El está haciendo aquí un papel bien oscuro, porque mal alojado, sin coche y sin el exterior ni decencia con que podría figurar por su fortuna, parece más bien un *marchand d'allumettes* (vendedor de fósforos) que el Ex-Vicepresidente de Colombia como se firma”.

Esa representación de Santander, la primera oficial que hacía desde Europa, indicaba claramente que quería establecer a todo precio su *inocencia* en el asunto del 25 de septiembre y demostrar que había sido víctima de una *atroz injusticia*, calumniado, vejado con encarnizamiento, etc. Aún no había hecho declaración pública a la prensa francesa y escrito bajo su firma ningún artículo atacando al

Libertador. Explicaba en carta a su amigo José Concha que las infinitas marcas de consideraciones y el trato de distinción y aprecio que había recibido de sus importantes relaciones le “habían arrancado la pluma de la mano para no publicar un manifiesto de la injusticia y violencia con que se me ha maltratado en Colombia bajo la ominosa dictadura, sólo porque he seguido constantemente el camino de la ley oponiéndome a la elevación de un poder absoluto”.

b) *Tertulias y chismes antibolivarianos*

Pero si Santander guardaba silencio hasta ahora en la prensa, sabía muy bien desahogarse en el círculo parisino de sus altas relaciones y en sus cartas a sus amigos de Colombia, atizando más y más con sus acerbas y venenosas críticas contra el Libertador, el fuego de la discordia y de la anarquía. Por otra parte trataba de informarse y obtener cualquier clase de datos que pudieran empañar la gloria del Libertador en Europa. En esa misma carta del 10 de abril de 1830 a su amigo Concha, encontramos una prueba de ello:

“Es una cosa ya indubitable que se habían tomado todas las medidas convenientes para establecer una monarquía. Aquí he tomado informes y datos que me han ilustrado mucho en la materia. El general Bolívar no sabe cuánto ha perdido en Europa, y a qué punto se ha rebajado su antigua reputación. Hablan de él en las sociedades con escarnio los hombres amigos de la libertad, y aun desprecio los que nunca han amado los principios liberales. “¿Qué dice su Washington?”, es la pregunta que me hacen frecuentemente. Es un dolor oír y ver estas cosas, porque ellas traen consigo una idea ridícula y despreciable del pueblo colombiano, que se ha dejado conducir como manada de carneros y ha recibido el yugo dándole las gracias a quien se lo imponía... Es un primor ver que después de tantos años de sacrificios por derrocar la arbitrariedad, hayamos sido víctimas del más insoportable despotismo, y que unas medidas tan escandalosas hayan sido dictadas por él que tanto se vanagloria del título de *Libertador*.

... Todo el mundo se admira ver que después de mis 19 años de servicios, no me ha dado el gobierno un real siquiera para mantenerme en el destierro. ¡Ah, que D. Simón me ha tratado indignamente, como yo nunca lo hubiera hecho con él”.

Con esa última expresión “como yo no lo hubiera hecho con él”, Santander, sin darse cuenta, revelaba los arcanos de su corazón. Se ponía así en el puesto de Bolívar, es decir de jefe supremo, cargo al que aspiraba, para pensar que no hubiera actuado del mismo modo si Bolívar fuese el segundo o desterrado por él.

Leyendo las cartas de Santander a sus amigos Juan Manuel Arrubla, José Concha, Francisco Soto, Vicente Azuero y las notas de su *Diario* europeo, nos enteramos de la intensa vida social que el ex-Vicepresidente llevaba en Europa, de sus numerosos almuerzos, cenas, *soirées* y tertulias donde el tema principal de las conversaciones giraba alrededor de Bolívar. Santander se quejaba a sus amigos colombianos de los numerosos gastos que le ocasionaban sus relaciones y, con su proverbial avaricia, apuntaba en su *Diario*, céntimo tras céntimo, tal como lo hubiera hecho cualquier vulgar pulpero de Cúcuta.

Pero a pesar de que Leandro Palacios decía de él que se parecía más bien a un *marchand d'allumettes* que al ex-vicepresidente de Colombia, Santander no ahorra gastos —bien a pesar suyo— para mantener su “tren de vida” que le permitía defender su “inocencia” y presentarse como una víctima de la “ominosa dictadura” bolivariana.

En toda su correspondencia, Santander se congratulaba por la “acogida muy distinguida” que le han reservado altas personalidades francesas de la política, de la ciencia y de la literatura. “Parece que se me quiere indemnizar en Europa de los ultrajes que he recibido en mi patria... yo quisiera que estuvieran aquí estos señores que me han perseguido tan de balde para que viesen cómo se trata a un americano liberal que ha mostrado su honradez y fidelidad a las leyes en las más difíciles circunstancias”.

Veamos la cosecha “antibolivariana” que recogía Santander de sus numerosas tertulias parisienses y europeas:

—“Lástima me da oír en las tertulias cómo se habla del general Bolívar, y vergüenza lo que dicen de nuestras aspiraciones desmedidas, a que atribuyen las revoluciones de esos países”. (Carta a Arrubla, París, 27-3-1830).

—“1) No he oído a nadie hablar bien de la constitución boliviana. Todos la tratan como ella merece ser vista políticamente, y ella sirve de argumento para sospechar de la libertad y desinterés de su autor. 2) Los pocos liberales que en Francia quieren todavía defender al general Bolívar, no lo hacen porque estén persuadidos de que él no haya dejado de mostrar su gran ambición burlándose de las leyes constitucionales y de la buena fe de los pueblos; lo hacen sólo porque con los realistas, deprimen la causa de la libertad y echarnos en cara la rebelión de las colonias españolas contra su metrópoli. No quieren los liberales convenir en que Bolívar es ambicioso y enemigo de los liberales colombianos para no dar armas a sus contrarios contra la causa general del espíritu humano. Aquí encuentra usted descifrado el misterio y los elogios de algunos diarios de París y me atrevo a dar esta razón porque yo la he oído de la boca de los editores de *El Constitucional* y de *El Tiempo* y el *Courrier français* donde escribe De Pradt, agente del gobierno, y Roulin es el que más se excede en aplausos; pero todo el mundo ríe porque sabe el origen y motivo de tales alabanzas. *La Quotidienne* porque es realista y nos trató a todos un poco mal con motivo de que Bolívar dijo en su mensaje al Congreso de Bogotá que después de veinte años de revolución y de sacrificios, sólo habíamos ganado la independencia”. (Carta a Francisco Soto, Londres, 28 de junio de 1830).

—“El Conde Ségur... par de Francia, antiguo embajador en Rusia y miembro del Instituto... me hizo muchas preguntas de Colombia y me pareció que él desaprobaba la conducta del general Bolívar”. (*Diario*, 30-3-1830).

—“El doctor Campe (intelectual de Nuremberg) me dijo que él veía en Bolívar un imitador de Bonaparte”. (*Diario*, 13-9-1830).

—“Allí (París) he tratado al venerable La Fayette... a Constant, acérrimo enemigo de dictaduras, a De Tracy, al conde Ségur, Chateaubriand, Dupin, D'Argenson y algunos otros miembros de la Cámara de los Pares y de diputados que deploran con nosotros los acontecimientos de Colombia desde 1826 en adelante, como sinceros amigos de la libertad”. (Carta a Francisco Soto, Londres, junio 28 de 1830).

—“Me es honrosísimo andar vagando desterrado de mi país por los medios más arbitrarios e inicuos de que haya ejemplo en los anales de la tiranía”. (Carta a F. Soto, Londres, junio 28 de 1830).

—“Acabo de leer en las gacetas el retiro de Bolívar de los asuntos públicos y su resolución de salir de Colombia. Cediendo a las circunstancias y a la opinión pública, Bolívar se ha mostrado digno de la indulgencia de los colombianos que hemos sido perseguidos durante su desgraciada dictadura por haber sostenido las libertades de nuestra patria... El retiro de Sylla tuvo el carácter de ser completamente voluntario: el de Bolívar es obra de la opinión pública pronunciada contra él”. (Carta a M. Julien, Hamburgo, 28 de julio de 1830).

—“Don Jerónimo Torres había anunciado en 1827 que S. E. era el monte sagrado, y yo añado que es monte con talento, lengua, manos y un corazón devorado de ambición”. (Carta al doctor Soto, Hamburgo, 7 de agosto de 1830).

—“Gracias a los periódicos de los Estados Unidos que no han perdonado nada al segundo Washington, y a los hombres influyentes de París, como Constant, La Fayette, De Tracy y Ségur, que han visto su conducta (la de Bolívar) por el lado que debe verse para juzgar”.

—“He oído al doctor Baring hablar de Colombia y del general Bolívar del modo más grato a mi corazón, porque con reflexiones las más juiciosas ha desaprobado la conducta de nuestro Libertador... Baring dijo entre otras cosas: “Bolívar por su ambición en elevarse al poder absoluto destruyendo la constitución que había jurado y persiguiendo a los amigos de la libertad, ha perdido las tres cuartas partes de la opinión que gozaba en Europa. Ya no oírás más sus elogios en el parlamento de Inglaterra. Burgham, Mackintosh, Lusitang, Laundavo están bien desengañados, sólo Wilson le queda adicto”. (Carta supuestamente dirigida a V. Azuero, 12 de noviembre de 1830).

—“El general Bolívar está muy engañado respecto de la opinión que goza aquí en Europa: todo el mundo lo llama el dictador de Colombia, título que no se parece en nada al de Libertador, que es tan bello, tan admirable... ya no es una cosa dudosa que Bolívar ha sido el que ha trastornado a Colombia y creado las necesidades y peligros para hacerse conferir la autoridad absoluta. La guerra con el Perú también lo ha desacreditado”. (Carta supuestamente dirigida a V. Azuero, 12 de noviembre de 1830).

—“Donde quiera que me presento soy saludado como un hombre de honor que ha sufrido la venganza de Bolívar por no faltar ni a sus principios ni a sus juramentos”.

—“Bolívar se ha retirado del mando dictatorial (aunque sin el mérito de haber sido voluntariamente) dejándonos en herencia la anarquía, la inmoralidad, odios y desorden sin que siquiera pueda decir como Augusto: que encontró a Roma edificada de ladrillo y la dejaba edificada de marmol”.

—“Erré en vivir persuadido que Bolívar trabajaba para Colombia y no para su propia gloria...”.

—“Bolívar mismo, con todo su orgullo, ha recibido día tras día desengaños amargos que la Providencia ha querido convertir en utilidad común. Si el pecho del hombre fuera del cristal, no estaríamos expuestos a tantas amargas”. (Carta a Francisco Soto, Roma, 12 de diciembre de 1830).

—“Felizmente he tratado a los hombres célebres de la libertad: La Fayette, Constant, De Tracy, Ségur, Bentham, Chateaubriand(Sismondi, Humboldt, etc., todos excepto el abate De Pradt han hecho justicia a nuestra conducta política *contra las ideas liberticidas de Bolívar*”. (Carta a Vicente Azuero, París 13 de abril de 1831).

Con referencia a esta última cita es preciso aclarar que Santander exageraba mucho al confundir la benevolencia o tolerancia de La Fayette con una adhesión a la opinión de aquel contra Bolívar. Hasta el último momento La Fayette, como lo hemos visto, conservó para el Libertador la misma admiración que lo tenía desde 1825. En cuanto a Humboldt a quien Santander cita entre aquellos que comparten su “conducta política contra las ideas liberticidas de Bolívar”, veremos más adelante a que atenernos.

c) *Publicaciones y campaña de prensa de Santander contra Bolívar*

Poco después de su llegada a Hamburgo como exiliado, Santander, como lo vimos, habrá manifestado a su amigo Juan Manuel Arubla, que no tenía necesidad de *publicar ningún género de manifiesto para justificarse* “porque afortunadamente todos los hombres de peso creen que se me ha perseguido en venganza de haber hecho frente al general Bolívar en la abolición de la constitución”. Esta carta de Santander llevaba la fecha del 12 de noviembre de 1829. Pero ya al día siguiente, había cambiado de parecer. En efecto por su *Diario*, se sabe que el 13 de noviembre entregaba al doctor Bowring, uno de sus amigos en Hamburgo, “una copia de su representación a Bolívar refutando mi sentencia”. Ese documento fue impreso en alemán y español y el 26 de noviembre el mismo amigo le traía el primer ejemplar. Esta era la primera publicación que Santander hacía en Europa, si no para atacar al Libertador, por lo menos para justificarse de no haber participado ni haber sido cómplice del atentado del 25 de septiembre. Este documento debió ser aquel que envió a Bolívar, desde la fortaleza de Bocachica, el 24 de febrero de 1829, para demostrar su inocencia. Desde esa misma prisión de Bocachica había escrito por lo menos tres cartas suplicando al Libertador lo dejara viajar al exterior.

Si aún Santander personalmente no había publicado artículos en la prensa francesa, se arreglaba para que todo lo que fuera opuesto u ofensivo a Bolívar fuera conocido en París. Así, el 22 de febrero de 1830, apuntaba en su *Diario*: “He procurado hacer publicar aquí las deliberaciones de la Junta de Caracas” (es decir, los documentos relativos a la separación de Venezuela de Colombia, capitaneada por Páez). Nada pues de lo que fuera útil a su propaganda o negativo o denigrante para el Libertador, escapaba a la sagacidad y resentimiento de Santander.

Pero poco después ya impaciente de dar a la prensa su versión de los sucesos de Colombia y, tomando por pretexto una nota de *La Quotidienne*, periódico realista, que “nos trató a todos un poco mal”, escribió en la *Revue Encyclopédique* un largo artículo titulado: “Sobre los progresos que hizo la República de Colombia en los seis años que rigió la Constitución decretada en Cúcuta y abolida en 1828”.

Allí no se detuvo la labor propagandística de Santander. Dejemos que sea él quien nos presente su segundo artículo en la prensa francesa. Lo hace en su carta del 28 de junio de 1830 a Francisco Soto:

“He publicado otro artículo con que he procurado probar, primero, que el general Bolívar cometió en 1827 y 1828 una falta gravísima en no sostener la constitución de Cúcuta y sostener la Convención de Ocaña; segundo, que no hubo ninguna necesidad imperiosa de abolir la Constitución de 1821, sustituyéndole una dictadura militar: las pruebas las he tomado de hechos notorios e incontestables, y los alegatos los he hecho con la más grande moderación... sin tocar para nada las persecuciones que he sufrido... He tratado de defender el honor colombiano, *nuestras libertades* y nuestros principios”.

No es necesario ni es el lugar oportuno para estudiar ni refutar las ideas de Santander. Viciadas todas por su odio contra Bolívar, el fin verdadero que pretendía no era tanto defender la constitución de Cúcuta, “esa cuchilla para la clase menesterosa” como la llama el general Mosquera, sino denigrar, ante los europeos poco conocedores de la realidad colombiana, tanto a la persona, como a la obra del Libertador. En cuanto a las supuestas “libertades” recordemos aquí el juicio de Liévano Aguirre: “Estas libertades burguesas sirvieron desde entonces a las clases acaudaladas para tachar de despóticos a los gobiernos renuentes a rendir pleitesía a sus intereses. Bien lo dijo Bolívar: “Quieren la libertad y las garantías sólo para los ricos y nunca para los pueblos... A éstos los quieren considerar siempre sus siervos a pesar de sus alardes de demagogia y liberalismo”.

Envalentonado por sus primeros escritos, Santander ya no tuvo que esconderse detrás del anonimato o de un seudónimo como lo hacía en Bogotá en *La Gaceta de Colombia*, *El Conductor* y *La Bandera Tricolor*, cuando atacaba al propio Libertador, atribuyéndole las más siniestras intenciones. Dice a Soto: “Me propongo escribir alguna cosa después de los últimos sucesos de Venezuela, y la reduciré a dos cosas solamente: a enumerar *los decretos absurdos* emanados de la dictadura, reformando una porción de leyes benéficas que había decretado la legislatura constitucional y a preguntar cuáles son los bienes que ha reportado a Colombia el haber destruido las leyes constitucionales y creado una dictadura”.

Dudamos que este último artículo haya sido jamás publicado pues en otra carta posterior, escrita desde Hamburgo al mismo Soto, Santander no menciona sino sus dos primeros artículos: “Por mi parte, he procurado influir a rectificar en Europa algunos errores publicando *dos* artículos: el uno sobre adelantamiento y progreso que hizo Colombia durante el imperio de la constitución; el otro sobre las graves e ilegales medidas tomadas por Bolívar a su regreso del Perú y después de la pacificación de Venezuela”. Reconoce sin embargo Santander que sus *rectificaciones* fueron un *trabajo de lidia con los diarios de Londres y de París*, es decir que éstos últimos, sí, continuaban defendiendo al Libertador y que muy difícil era hacerles cambiar de parecer y que no fuera solamente, como lo dice, porque Wilson y el Abate de Pradt escriben panegíricos del Libertador.

Revela el mismo Santander en una carta a Vicente Azuero, (París, 13 de abril de 1831) la ardua tarea que tuvo que emprender para que los europeos

cambiaran la opinión tan favorable que tenían de Bolívar, lo que demuestra que Santander mentía a sus amigos cuando les decía que en toda Europa se llamaba *dictador y tirano* a Bolívar. En ese caso no tendría que hacer ninguna propaganda si eso fuera cierto. Es lo que se deduce de la carta a Azuero cuando dice que sus grandes amigos de París “han hecho justicia a nuestra conducta política contra las ideas liberticidas de Bolívar. Yo he publicado algo en el particular para defender a Colombia, para justificar nuestros procedimientos y *para desengañar a los ilusos que no son pocos. . . Es menester saber cuál es la opinión que Bolívar tenía en Europa para pesar esta conducta de mi parte: ha sido menester analizar acto tras acto de los que él ha hecho contra la libertad para que los hombres sensatos pensasen de otro modo*”.

Si en sus artículos Santander, muy inteligentemente, no mencionaba lo que llamaba sus “padecimientos” y “persecuciones” para que no dijeran que hablaba por resentimiento, esperaba el momento de hacerlo en su tristemente célebre exposición que “dirige a los representantes de su patria manifestando que he sido perseguido injusta, arbitraria y violentamente bajo la dictadura del Libertador general Simón Bolívar, en odio de su firme y leal conducta en sostener las constituciones colombianas y defender sus libertades desde 1826”.

Esta exposición o manifiesto destinado al Congreso de Colombia, al fin de cuentas no fue enviado a Bogotá, pero Santander pensaba publicarlo en Europa “como la mejor defensa de mi honor ultrajado en odio de mis principios y de mi conducta pública en favor de las leyes”.

Ignoramos si ese manifiesto fue de verdad publicado en Europa. En el caso de que lo fuera, es cierto que hubiera causado algún impacto en las personas poco conocedoras de la realidad colombiana y de la personalidad del Libertador. Sólo algunos trozos, escogidos aquí como muestra, indican hasta dónde llegaba el resentimiento de Santander y su odio contra Bolívar, a pesar de que decía que nunca sería su enemigo.

Para refutar la sentencia pronunciada contra él a raíz del atentado del 25 de septiembre, la cual lo acusaba de “haber ofrecido sus servicios para una conjuración”, Santander indica: “Mi oferta fue al gobierno que se establecería en el país en reemplazo del que existía (el de Bolívar) y en ello, estoy muy lejos de pensar que he cometido el delito de conspirador el 25 de septiembre. Que un individuo ofrezca sus servicios a un gobierno de hecho establecido en su país, es un deber reconocido por el derecho público de las naciones. . . *¿No obedeció el general Bolívar a Monteverde después de la pérdida de Venezuela en 1812? ¿No le prestó sus servicios cooperando a la prisión del general Miranda?*”

Ofrecer sus servicios a un gobierno que no existe ¿no quería decir que había que suprimir al que existía? Extraña dialéctica la del Hombre de las leyes. Pero veamos otra perla de su manifiesto, venenosa por la alusión que hace allí Santander:

“...En los días de Tiberio no faltó un magistrado recto que se atreviera a hablar la verdad al tirano y reprimiera su arbitrariedad; en los infautos días de la dictadura del Libertador de Colombia, no hubo entre los suyos quien arriesgara una palabra justa para defender la venganza exterminadora”.

Allí Santander deja estallar todo el odio que tenía para con su benefactor. He aquí a Bolívar comparado nada menos ni nada más al más cruel emperador y tirano romano, Tiberio.

Un tercer ejemplo del resentimiento santanderiano: “¿Por qué no ha de llegar para Colombia la época en que se levanten altares donde Piar, Padilla, Córdoba, Guerra, Zulaibar, Azuero, Silva (ejecutores, estos cuatro últimos, del atentado del 25 de septiembre) han derramado su sangre bajo la espada de la tiranía y se condene al desprecio la memoria de los que traficando con sus deberes y violando sus promesas, prestaron sus luces, sus brazos y sus servicios para derribar al edificio, a costa de esfuerzos tan heroicos?”

He aquí como Santander que se titulaba “víctima sacrificada al poder dictatorial” trataba de justificar, tanto en Colombia como en Europa, la infame conducta que había observado hacia el Libertador.

6. *Santander, Bentham y Bolívar*

En la culta Santa Fe de Bogotá el nombre de Bentham llegó a ser durante casi diez años, de 1820 a 1830, el eje alrededor del cual parecía girar la vida nacional en sus aspectos políticos, sociales, económicos y religiosos. Jamás autor alguno alcanzó tanto éxito en la capital de Colombia como lo tuvo Jeremías Bentham (1748-1832). Se le consideraba como el padre de un nuevo evangelio basado en el principio de la *utilidad* individual que daba, con su aritmética de los placeres, la mayor felicidad al mayor número de individuos. Todos los hombres cultos de Bogotá habían leído y estudiado, sea para exaltarlo o sea para condenarlo, su tratado de *Legislación o Introducción a los principios de la moral y la legislación*, que circulaba desde 1824 en la capital, en diez tomos en octavo, traducido al castellano y comentado por Salas.

El famoso filósofo y juriconsulto inglés demostró siempre mucho interés por los asuntos y los dirigentes latinoamericanos. En Londres conoció a Miranda y a Bello. Este último, en sus años de negra penuria, trabajó accidentalmente en “descifrar los manuscritos de Bentham que eran, según Pi Sunyer, verdaderos jeroglíficos”. Siempre en la capital inglesa, Bentham conoció al argentino Rivadavia y a los enviados de Colombia, Revenga y Hurtado. En junio de 1822, Bentham envió de regalo al Libertador el tomo 2 de “*Memoirs of the Mexican Revolution...*” de William Davis Robinson con la dedicatoria “From Jeremy Bentham to Simón Bolívar, Libertador of Colombia”.

El 13 de agosto de 1825, Bentham escribió al Libertador una larguísima carta donde, entre tantos temas tratados, le ofrecía sus obras de legislación y la eventual aplicación de éstas en Colombia y Perú. A esta carta contestó el Libertador el 15 de enero de 1827, desde Caracas, dándole las gracias a Bentham por el envío de su *Catecismo de economía*. Las palabras con las cuales lo hace, prueban que Bolívar admiraba y conocía bastante bien la obra de Bentham y que pensaba

que sus teorías, aun en parte, eran aplicables en Colombia. Veamos: “Luego que eché la vista sobre esta obra elemental me pareció de un mérito exquisito y digno de ponerse en las manos del pueblo para su instrucción y, en consecuencia, ordené que se publicase en español”. Además el Libertador lo saludaba como a uno de los “primeros genios del Universo”. No es de extrañarse esa simpatía del Libertador por algunas ideas filosóficas de Bentham. ¿No confesaba Bolívar a Santander (20-5-1825) que Helvetius era uno de sus autores favoritos? Y Bentham ¿no era el primer discípulo de Helvetius?

En Londres, en la misma época, Andrés Bello, preparando, a solicitud de Revenga, una lista de libros para la Universidad de Caracas, incluía en ella las obras de Bentham. (Grases. Obras 2). Todo lo que prueba que el filósofo inglés tenía gran aceptación en los medios cultos de Europa y América.

En 1825, el Vicepresidente Santander, mandó por decreto del 8 de noviembre, que en todos los colegios, los catedráticos enseñaran legislación por Bentham. Santander era el más grande defensor del Benthamismo en Colombia. El *Tratado de Legislación* de Bentham era su libro de cabecera. Un secretario de palacio y futuro historiador —José Manuel Groot— dice que “Santander estudiaba la legislación de Bentham sin dejar el libro de la mano. En el despacho lo tenía siempre abierto sobre su pupitre y sólo lo hacía a un lado cuando tenía que escribir...”.

Luego que Santander introdujo el Benthamismo en el Programa oficial de estudios, empezaron a llegar de todas partes las más vivas protestas de padres de familia alarmados por la enseñanza de esa filosofía a la que calificaban de impía, atea, sensualista, egoísta.

Estalló entonces la guerra benthamista en Bogotá: “¿De dónde ha venido esa repentina persecución contra las obras de Bentham, escribía Vicente Azuero, íntimo de Santander? De la ignorancia más vergonzosa, de un fanatismo estúpido y de una indigna parcialidad”. Pero seguían cada día más protestas que ponían al desnudo aspectos turbios del Benthamismo. Decían: “El Benthamismo, materialismo utilitarista, es profesor del sensualismo, sin conciencia, sin más Dios ni más prójimos ni más patria que el Yo . . . busca únicamente la utilidad individual”. Sobre el robo, dice: “Si un hombre roba los fondos públicos, él se enriquece y a nadie empobrece porque el perjuicio que hace a los individuos se reduce a partes impalpables”.

Y puesto que Bentham también había escrito su *Defensa de la usura*, se vieron a los íntimos de Santander, Benthamistas todos, Florentino González, Vicente Azuero, Ezequiel Rojas, hacer del nuevo evangelio utilitarista la base de un sistema que —según palabras de Liévano Aguirre— “obligará al Poder Ejecutivo a operar en acuerdo con los grandes intereses de la burguesía mercantil colombiana” y defender la prisión por deudas y la legitimidad del agio. “Tal fue —dice el mismo Liévano— el vínculo que aproximó entre sí a los más destacados participantes en la conjura contra el Libertador”.

Ya era indispensable e inevitable la intervención del Libertador para poner un freno a la doctrina que “pretendía fundar toda la cultura humana en el prin-

cipio de la utilidad y el lucro". Dictó entonces el Libertador el 13 de marzo de 1828, el decreto prohibiendo los tratados de legislación de Bentham en todas las universidades de Colombia.

Y meses más tarde, dándose bien cuenta de las consecuencias deplorables de la enseñanza de Bentham en algunos estudiantes de la Universidad y de las vinculaciones que tenían con los sucesos del 25 de septiembre, ordenó a su Ministro del Interior reformar completamente el plan de estudios, lo que éste hizo por circular del 20 de octubre de 1828, "para curar de raíz los males que presagian a la patria los vicios e inmoralidad de los jóvenes".

El 1º de julio de 1830, estando Santander ya en Londres, escribió a Bentham "Suplicándole —según apunta Santander en su Diario— me permitiera conocerlo personalmente". La contestación de Bentham no se hizo esperar. El día siguiente hacía saber al Hombre de las Leyes que lo convidaba a comer "el lunes próximo". Y el 3 de julio, Santander apuntó en su *Diario*: "He recibido una esquila ayer muy satisfactoria de Jeremías Bentham, convidándome a comer el lunes próximo. Es muy notable y honroso para mí que este sabio generalmente respetado en el mundo culto y jefe del partido radical ilustrado y mejorado en Inglaterra, concluye su carta con estas palabras: "Je suis, Monsieur, avec le respect que votre renommée m'inspire, tout a vous". Tan contento está Santander de esta contestación que se apresuró a mandar copia de ella a sus amigos de Colombia. Y en efecto cenó con Bentham. La conversación de sobremesa duró hasta las 12 de la noche y —dice Santander en su *Diario*— de una manera que quedé enteramente complacido". Luego agrega: "Durante la comida hablamos de Colombia y de Bolívar y sus opiniones son eminentes liberales. Dijo que no había tirano que no tuviera su Timoleón¹ y que esperaba que no fuera Bolívar la excepción de esta regla consoladora para la libertad". Palabras éstas que, si fueron pronunciadas textualmente por Bentham, debieron alegrar infinitamente el espíritu rencoroso y resentido del ex-Vicepresidente de Colombia. Bentham, la misma noche, regaló varios de sus libros a Santander y le dio cartas de recomendaciones para amigos de San Petersburg a donde pensaba viajar Santander, viaje que al fin no pudo realizarse.

Allí no terminaban las buenas relaciones de Santander con Bentham. Este escribió al primero haciendo votos "por su más rápido restablecimiento en la posición eminente e ilustre de donde lo ha expulsado la tiranía y donde el bien de vuestra patria que sufre os llama en voz alta". Era el 9 de julio de 1830. La alianza Santander-Bentham, en Londres, empezaba pues a producir sus frutos negativos antibolivarianos. No sabemos sin embargo que Bentham haya publicado en la prensa algún escrito vilipendiando al Libertador tal como lo hacía su comensal. El 29 de junio de 1831, ya muerto Bolívar, Santander, en su segunda visita a Londres, volvía a cenar con Jeremías Bentham. No dejó escrito esta vez en su *Diario* el tema de su conversación con el filósofo inglés. Ya preparando su maqui-

1. Timoleón: general y político griego (410-336? a. de J.C.), liberador de Siracusa. Su amor a las leyes y a la libertad era tan grande que dejó a dos de sus amigos que mataran a su hermano Timófines, culpable de haber aspirado a la Tiranía.

naría para volver al poder en Colombia, tal vez Santander hubo de respetar la memoria del Héroe.

7. *Santander, Humboldt y Bolívar*

Si exceptuamos al abate de Pradt, en Francia, y a Sir Robert Wilson, en Londres, ambos, amigos íntimos y defensores a toda prueba de Bolívar, parece que Santander trató de ganarse en Europa la amistad de todos los grandes personajes que sentían admiración, simpatía y hasta afecto sincero para con el Libertador. Tales fueron los casos de La Fayette y Humboldt. Si el primero, hasta los últimos días de vida del Libertador, demostró a éste su franco, abierto y definitivo apoyo y amistad, no se puede decir lo mismo del barón de Humboldt que tuvo muchos momentos de flaqueza frente a las maledicencias que Santander propiciaba en Europa contra Bolívar.

Se sabe la gran amistad que unía al Libertador al Barón de Humboldt desde los días parisinos de 1805 y 1806 cuando Bolívar conoció, en los salones de Fanny Dervieu du Villars, al ilustre sabio, recién regresado de su viaje de estudios y exploración en América. Una fuerte simpatía recíproca los unió desde aquellos años y, el Libertador, toda su vida, guardó los recuerdos los mejores del Barón así como de su íntimo amigo Amadeo Bonpland. Con el tiempo y los sucesos que llevaron a Bolívar a la cúspide de la guerra y del poder, se fortaleció más esa amistad. En efecto la correspondencia intercambiada entre ellos lo prueba ampliamente. Desde 1815 en su célebre Carta de Jamaica, Bolívar se refiere a la "universalidad de conocimientos teóricos y prácticos" de Humboldt. En noviembre de 1821, Bolívar le escribe que "el barón de Humboldt estará siempre con los días de la América presente en el corazón de los justos apreciadores de un gran hombre, que con sus ojos la ha arrancado de la ignorancia y con su pluma, la ha pintado tan bella como su propia naturaleza". Por su parte, toda la correspondencia de Humboldt a Bolívar es un himno a la amistad, a los talentos y a la gloria del Libertador. "Las cartas de V.E., le dice Humboldt el 21 de marzo de 1826, las conservo como un monumento precioso de la benevolencia de V.E. para conmigo, como el más hermoso título de gloria...". Aún seis meses antes de la muerte del Libertador, el sabio le dice el 10 de julio de 1830: "...Aquel que ha asombrado el mundo por sus hazañas y por su moderación, se dignará recordar de un amigo de su juventud, del viajero del Orinoco y de la Siberia". Es importante notar la fecha de esta carta: 10 de julio de 1830, pues volveremos a tomarla en cuenta en el desarrollo de esta parte de nuestro estudio.

A pesar de todas esas flores ditirámicas que se intercambiaron Humboldt y Bolívar, varias circunstancias y documentos pueden incitarnos a poner en tela de juicio aquella tan noble y elevada amistad que, para el Libertador, tenía sinceramente, pero no exenta de graves críticas, el ilustre sabio.

Encontramos las huellas de esa primera y extraña manifestación del Barón en una carta de Fanny du Villars, París, 6 de abril de 1826, a Bolívar. Escribe Fanny: "El señor barón de Humboldt está aquí y es un buen amigo del señor

Rocafuerte. No sé cómo hará el señor Barón para llamarse amigo de Ud. En aquella época en que el éxito de la empresa de U. era dudoso, él y el señor Delpech eran los más celosos detractores de U.” A pesar del carácter frívolo de Fanny, pensamos que este testimonio debió tener un fondo de verdad. Veamos un segundo testimonio acerca de las flaquezas de Humboldt en su amistad para con Bolívar.

Viene del joven Joaquín Acosta, neogranadino. En una carta datada del 24 de febrero de 1827 a Santander, (cuando éste aún ocupaba la Vicepresidencia de Colombia y que Bolívar no había roto sus relaciones con él), le dice Acosta, desde París: “El señor Madrid había ya sin duda dicho a usted que dura lucha tenemos que sostener aquí los Colombianos para defender al general Bolívar... Mr. Humboldt mismo, que en público afecta reírse de los temores que se esparcen sobre las miras del Libertador, me ha dicho en particular que la Constitución de Bolívar es una locura que no sabe cómo explicar”. Y agrega Acosta que La Fayette era uno de los que se “atreían a defender francamente al Libertador”, diciendo que “las intenciones de Bolívar eran tan puras como las de Washington”.

El tercer testimonio viene del propio Santander. Cuenta que visitaba el Museo de Berlín, el 17 de agosto de 1830, cuando encontró allí al barón de Humboldt. “Le merecí —escribe Santander en su *Diario*— las expresiones más honoríficas y muy particulares atenciones”. Al día siguiente, el barón visitó a Santander. He aquí cómo el ex-Vicepresidente relata esa visita y anota siempre en su *Diario* (18-8-1830) las graves declaraciones y acusaciones de Humboldt contra el Libertador:

“Me ha visitado el barón de Humboldt y se ocupó largo rato de hablarme de Colombia y del General Bolívar; dijo que él hacía mucho tiempo que había visto que la vida del general Bolívar era un obstáculo para la libertad de Colombia. La Constitución bolivariana la llamó absurda. Humboldt dijo que yo había procedido en Colombia en los negocios políticos del modo con que debía hacerlo un magistrado constitucional y honrado”.

¿Cómo explicar semejante actitud de parte del Barón cuando un mes antes (10-7-1830), con motivo de presentar al Libertador al pintor Rugendas (en todas sus cartas al Libertador le presentaba siempre a algún viajero) decía del héroe venezolano “que ha asombrado al mundo por sus hazañas y por su moderación” y le renovaba su “devoción y admiración inquebrantable”. Y ahora, un mes después, he aquí al Barón diciendo que “la vida del general Bolívar era un obstáculo para la libertad de Colombia”. Aun cuando Santander hubiera exagerado el pensamiento o las palabras de Humboldt no creemos sin embargo que las haya inventado pues existe otro testimonio que demuestra que Humboldt se puso completamente al servicio de Santander y se volvió su amigo en los días de permanencia de éste en Berlín.

En efecto, el número del 9 de septiembre de 1830 de la *Gazette de France* él produjo un artículo tomado de la Gaceta de Berlín, del 28 de agosto, donde se lee lo siguiente: “El general Santander vive aquí desde algún tiempo y se ha ganado la consideración general por la sencillez y amabilidad que demuestra en los círculos sociales. El señor Alejandro de Humboldt, en particular, se encargó

de hacer placentera la estadía del general en nuestra capital". He aquí a Humboldt, cicerone y amigo en Berlín del peor enemigo que jamás tuvo el Libertador. No podía ignorar el Barón de Humboldt todas las dramáticas y vergonzosas circunstancias que llevaron a Santander al exilio ni su condena a muerte, ni la oposición manifiesta y desleal que hacía al Libertador, ocupando aún la Vice Presidencia de Colombia, ni el atentado del 25 de septiembre en el cual, como jefe invisible de la conspiración contra Bolívar, era uno de los responsables aun cuando se opusiera a que dieran muerte a Bolívar. No, Humboldt no podía ignorar (ni los ignoraba) esos desgraciados hechos que pesaban sobre Santander y su enemistad consiguiente hacia el Libertador. A pesar de todo, se nota que Humboldt se portó con Santander como el mejor amigo del mundo, criticando además, para complacer a su invitado de Berlín, todos los actos de Bolívar y aun la vida de éste como "obstáculos para la libertad de Colombia".

De regreso Santander a París y encontrándose allí Humboldt, lo visitó una vez más. En efecto el 21 de abril de 1831, Santander escribe en su *Diario*: "He visitado a Humboldt y él aprueba mi resolución de permanecer en Europa todavía". Ya Bolívar había muerto y el sabio, en esa ocasión, no dijo nada acerca de la desaparición del grande Hombre y respetó su memoria.

Ahora bien, mucho más tarde, en 1853, el científico alemán recibió la visita del viejo edecán de Bolívar, General Daniel Florencio O'Leary a quien contó sus relaciones en París con Bolívar en 1804 y 1805, y haciendo los más elogiosos comentarios del Grande hombre "cuyos hechos admiro, cuya amistad me fue honrosa, cuya gloria pertenece al mundo".

Homenaje muy grato aquel que rindió el científico alemán aquel día a la memoria del Libertador, como tantas veces antes lo había hecho en diversas cartas durante la vida de éste. Ya Santander, muerto, había caído en el olvido. Casi todos los actores de la gran epopeya bolivariana ya habían desaparecido, pero la gloria de Bolívar, cubierta durante algún tiempo por las nubes de la mentira, de la calumnia y de la ingratitud mientras permanecían sus restos en Santa Marta, como el sol fulgurante que disipa las tinieblas, ya llevado en apoteosis en su Caracas natal, empezó a iluminar las conciencias de América y Europa. y Humboldt, aún vivo, fue testigo del resplandor de la fama de su viejo amigo cuando en 1853 conversaba con O'Leary.

8. *Santander se entera en Italia de la muerte de Bolívar. Epílogo*

Poco antes de que ocurriera la muerte de Bolívar, Santander, de viaje en Italia, seguía desahogándose contra el Libertador, a pesar de que manifestaba a su amigo Azuero, el 12 de noviembre de 1830: "Yo jamás seré más amigo de Bolívar pero tampoco será su enemigo personal". En efecto, un mes más tarde daba libre curso a su resentimiento cuando desde Roma, dice a su otro alter ego, Francisco Soto: "Con cuanto regocijo veo que se proclaman los principios más luminosos y más sanos en favor de las constituciones liberales, que se carga de

justa execración a los usurpadores y perjuros que se consagra como axioma el derecho de resistencia contra la tiranía, en fin que las ideas y principios que sostuvimos en Colombia contra Bolívar son aplaudidos y justificados”. Cuando Santander se enteró el 25 de diciembre —Bolívar ya había muerto desde el 17 del mismo mes— que en Bogotá ha habido una reacción a favor de Bolívar escribió: “¡Pobre Colombia. Desgraciados los colombianos, víctimas de las intrigas de un hombre vengativo y ambicioso! No puedo menos que dolerme ver cómo Bolívar se ha perdido por capricho y presunción”. Tales eran los calificativos que Santander aún aplicaba al Padre de la Patria.

Entre Florencia y Génova se enteró Santander, el 1º de marzo de 1831, de la muerte del Libertador. El mismo día apuntó en su *Diario* las palabras siguientes: “Hoy he leído en el *Journal du Commerce* del 21 de febrero, la muerte del general Bolívar acaecida cerca de Santa Marta el 17 de diciembre de 1830. Perdida por la Independencia”. Y al día siguiente, siempre en su *Diario*: “He recibido carta de M. M. Núñez de Cartagena del 5 de enero de 1831 en que me comunica la muerte del general Bolívar. . . He escrito un artículo para Londres sobre la muerte de Bolívar”. Desconocemos este artículo y dudamos de que haya visto la luz.

A pesar de ser “Impermeable a la emotividad”, como lo dice de él uno de sus biógrafos, Santander no pudo recibir esa noticia con frialdad. El 8 de marzo, desde Génova, escribió a Soto: “El día 2 de este mes (fue el primero y no el 2) he sabido la muerte de Bolívar. Me sorprendió este acontecimiento ciertamente. Nada debo decir yo, por respeto al cadáver y todavía caliente de ese hombre a quien amé con entusiasmo, de quien la patria recibió grandes e importantes servicios durante la lucha por la independencia y cuya conducta política juzgará la imparcial historia”.

El 12 de marzo de 1831, tuvo Santander otro pensamiento “afectuoso” hacia la memoria del Libertador. Fue cuando visitó en Milán la iglesia de San Nazario, edificada por San Ambrosio. Apunta en su *Diario*: “Aquí hay una inscripción al famoso Juan Jacobo Triulzio muy afamado por sus proezas militares: “Qui nunquam quievit, quiescit pace”. Me acordé de Bolívar”. Inscripción que se traduce: “Aquel que nunca ha descansado reposa ahora en paz. Silencio”.

Pero estas fueron las únicas muestras o demostraciones de pena o de recuerdo que le inspiró la muerte de su antiguo amigo, pues ya llegado a París, escribe a Vicente Azuero, el 13 de abril: “*Conque ¿al fin murió Don Simón? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y a la libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria*”.

Y el 21 de abril publicaba en *Le Constitutionnel* de París una carta dirigida al redactor en la que culpa a Bolívar de la situación de Colombia y de haber “desnaturalizado el sistema político y engañado las esperanzas del país”. He aquí algunos párrafos, los más significativos, de esa comunicación escrita para desmentir que se disponía a regresar a Colombia a raíz de la muerte de Bolívar: “No tengo tal intención en el momento en que la muerte del Libertador Bolívar comienza a dejar que se manifieste la verdadera opinión nacional. . . He sufrido una perse-

cución encarnizada por haber, como vicepresidente, sostenido vigorosamente la constitución de 1821, por haberme opuesto a su trastorno, a la dictadura militar, a la constitución bolivariana y a todos los otros proyectos que entonces, como hoy, he creído contrarios a la libertad de mis conciudadanos... Esta persecución se redobló al tiempo de la Convención de Ocaña... Si me presentara en Colombia actualmente... alarmaría el partido de Bolívar que no dejaría de imputarme deseos de venganza y pretensiones al poder... Yo deploro vivamente la suerte actual de un país que estaba llamado a la más grande felicidad posible y que realmente gozó de libertad y tranquilidad durante los primeros años del régimen constitucional. Deploro también la imperiosa necesidad que me condujo a oponerme al general Bolívar, de quien había sido amigo íntimo y compañero en el ejército y en el gobierno y a quien haré siempre justicia por los importantes servicios que ha hecho a la causa americana. Pero no negaré jamás que en tiempo de mi vicepresidencia he estado a la cabeza del partido constitucional contra el proyecto de desnaturalizar el sistema político y de engañar las esperanzas del país, fundadas sobre tantas promesas solemnes, juramentos y sacrificios. Quizás soy uno de aquellos a quienes se acusa *de no haber sabido comprender y apreciar las miras sublimes del general Bolívar; así será...*"

Santander salió el 22 de octubre de 1831 de Le Hâvre con dirección a New York. Allí y en Washington visitó a los dos más altos representantes de la política norteamericana, a Enrique Clay, a Livingston, al vicepresidente Calhoun y al Presidente Jackson. Pero no desperdiciaría nunca la oportunidad para lanzar, aun con guantes de seda, sus dardos contra la memoria del Libertador. Cuenta el propio Santander en su *Diario* que comiendo, el 29 de marzo de 1832, en casa de Henry Clay, el vicepresidente Calhoun, hablando de Bolívar, le preguntó si tenía la pasión por el dinero y que respondió que no "porque eran dos sus pasiones dominantes: la gloria y el poder" a lo que Henry Clay agregó "y aun tres pues era muy apasionado al bello sexo".

De regreso ya a Colombia, nombrado Presidente de la Nueva Granada por la Convención de Bogotá, Santander escribe el 7 de diciembre de 1832 al general P. A. Herrán: "No habrá usted visto en ningún acto mío la menor ofensa a la memoria del Libertador. Siempre he dicho que el mejor medio de atacarlo no era imprimir papeles acres, sino obrar legalmente todos para hacer el bien común. Yo he tenido graves motivos de sentimiento contra él, pero ni vivo ni muerto lo he odiado y bastante hice por libertarlo de la malhadada senda que tomó. Dejémoslo descansar en paz".

¿Era sincero el Hombre de las Leyes? No lo creemos, pues guardó toda su vida resentimiento y animadversión contra Bolívar. No se explicaría, entonces si no fuera así, la carta que escribió, el 9 de marzo de 1833, a su primo Manuel García Herreros, cuando se enteró de que Páez, en su mensaje del 26 de enero de 1833 a los senadores y representantes del Congreso de Venezuela, pedía a ese Cuerpo que decretara honores públicos a la memoria del Libertador cuyos restos mortales descansaban en Santa Marta: Dijo a su primo: "*He leído el insípido mensaje de Páez. Cuánto me ha molestado el párrafo en que solicita la apoteosis de Bolívar. ¡Qué necesidad!*".

Allí está todo Santander. Nunca perdonó al Libertador la gloria que éste había alcanzado por sus trabajos sobrehumanos, por sus virtudes, por su grandeza de alma, su desprendimiento y su heroicidad que le colocaron a la cabeza de su siglo. Pero para ser justo, es preciso indicar también que el Libertador, desde que rompió con Santander, en marzo de 1827, no dejaba de criticar acerbamente al Vicepresidente, dándole los calificativos de pérfido, falso, ingrato, intrigante, etc., etc. Y cuando perdonó la vida a Santander y que supo que éste había ido a Europa, Bolívar con su visión siempre justa del porvenir, parecía ya adivinar el papel nefasto que el ex-vicepresidente iba a desempeñar en el Viejo Continente y que él, Bolívar, iba a ser la víctima. A O'Leary confiesa el Libertador el 17 de agosto de 1829: "Ahora crecerán en superlativo grado las detracciones, las calumnias y todas las furias contra mí. ¡Qué no escribiré *ese monstruo* y su comparsa (Ezequiel Rojas) en el Norte, Europa, y todas partes. Me parece que veo ya desatarse todo el infierno en abominaciones contra mí. Sólo me consuela la esperanza que Ud. y Wilson hagan frente y me defiendan".

Y desde el 14 de abril de 1827, en una carta al general Urdaneta, Bolívar escribía en la matriz de la Historia esa profética sentencia: "*En vano se esforzará Santander en perseguirme: el universo entero debe vengarme*", y fue vengado.

BIBLIOGRAFIA

Las obras básicas consultadas por el autor son:

- BOLÍVAR, SIMÓN: *Cartas del Libertador*. 2ª Edición. Banco de Venezuela. Fundación Vicente Lecuna. Caracas.
- CORTÁZAR, ROBERTO: *Correspondencia dirigida al General Santander*. Varios tomos. Bogotá, 1964.
- CORTÁZAR, ROBERTO: *Cartas y Mensajes de Santander*. Vol. VIII. Bogotá, 1964.
- MARTÍNEZ BRICEÑO, RAFAEL: *Diario del General Francisco de Paula Santander en Europa y los Estados Unidos, 1829-1832*. Banco de la República. Bogotá, 1963.
- O'LEARY, D. F.: *Memorias del General O'Leary*. Varios tomos. Reedición facsimilar. Ministerio de la Defensa. Venezuela, 1981.